

REPUBLICA DE CUBA

MINISTERIO DE SALUD PUBLICA

COMPILACION DE TEMAS

PARA LA ASIGNATURA

Filosofía y Salud

2da. PARTE



1994

"Año 36 de la Revolución"

INDICE

No.	Contenido	Páginas
V	El morir humano ha cambiado.	310
VI	El pensamiento Médico-Social: vertientes, tendencias fundamentales y perspectivas de su desarrollo.	336
VII	El problema de la determinación del proceso salud-enfermedad. Análisis crítico para su evolución.	350
VIII	Valores universales y problemas globales.	384
IX	Informe de la comisión de Salud y Medio Ambiente de la OMS.	469
X	El Método Clínico.	545
XI	Salud y Religión en Cuba.	578
XII	Acerca de las causas y esencia del neoliberalismo en Salud.	598

VALORES UNIVERSALES Y PROBLEMAS

GLOBALES

José Ramón Fabelo

Los problemas globales son aquellos que afectan los intereses de toda la comunidad mundial, que amenazan el futuro de la humanidad, que atentan contra las posibilidades de desarrollo de la civilización. Entre los problemas globales que tradicionalmente se incluyen en diferentes listados se encuentran los siguientes: la gran desproporción en los niveles de desarrollo social y económico entre las distintas partes del planeta, las amenazas a la seguridad y la paz internacional, la problemática ecológica, el apresurado aumento demográfico de la población mundial vinculado al insuficiente ritmo de crecimiento de la producción de alimentos, y el agotamiento de los recursos naturales no renovables, en especial, de los energéticos.

Son problemas que, vistos desde el ángulo axiológico, expresan fuerzas universalmente antivaliosas, que se oponen al progreso de

la humanidad y a la realización práctica de los valores universales.

Aunque todos los problemas globales representan un grave peligro para la humanidad, es importante no darles un tratamiento independiente e indiferenciado. De hecho, ellos constituyen un sistema, dentro del cual desempeñan papeles específicos. El enfoque sistémico, y a la vez diferenciado, de los problemas globales permite analizar sus influencias mutuas, la existencia de determinadas prioridades, así como comprender mejor sus causas últimas y vías de solución comunes.

No es necesario detenerse en todas las conexiones mutuas existentes entre los problemas globales. Esto ha sido suficientemente tratado en la globalística contemporánea.(9) Pero sí parece importante llamar la atención sobre el asunto de las prioridades. Hasta hace poco tiempo, sobre todo en los marcos de los países ex-socialistas y principalmente en la extinta Unión Soviética, se consideraba el problema de la paz y de cómo evitar el holocausto nuclear como el problema global

más importante. (10) Razones había para tal opinión. El arsenal de armas nucleares acumulado en el planeta alcanzaba para destruirlo varias veces y para acabar con todo vestigio de la humanidad. El peligro era real, de esto no hay dudas y, mirado desde el ángulo axiológico, parece justificada la prioridad que se le otorgaba a un problema que amenazaba con destruir de un solo golpe todos los valores creados por la humanidad.

Hoy la situación ha cambiado. El derrumbe de los países socialistas de Europa ha significado el fin de la guerra fría y ciertas garantías para la paz entre los poderosos del Norte. Sin embargo, ¿significa esto que ha desaparecido el peligro del uso de las armas nucleares? Tal peligro sólo puede desaparecer con la eliminación de las armas mismas. En determinado sentido, este peligro puede incluso ser hoy mayor. Es cierto que ya no existen los dos grandes bloques militares frente a frente, equilibrados relativamente en cuanto a su capacidad nuclear, suficiente, en cada caso, para destruir totalmente a la parte contraria y a toda la civilización. Pero, por paradójico que sea, esa alta capacidad destructiva que

cada parte observaba en el lado opuesto se constituía en un elemento disuasivo para el uso de estas armas. Cualesquiera que fuesen los "valores" en juego, legítimos o ilegítimos, ninguno de ellos podía equipararse con el valor de la existencia propia. No se puede obtener nada en una guerra cuyo resultado ineluctable es la desaparición de los contendientes. Sin embargo en la actualidad, dada la unipolaridad política que se impone en el mundo a favor del Norte, se acrecienta la posibilidad del uso de armas nucleares en un solo sentido, contra países desnuclearizados. La certeza de que no habrá respuesta puede estimular el ataque nuclear. La única vez en que se ha hecho uso de estas armas fue precisamente en estas condiciones.

Por lo tanto el peligro nuclear sigue siendo un problema global y sigue necesitando hoy el enfrentamiento más resuelto hasta su total desaparición. Más no debe ser considerado como el problema global fundamental en las condiciones actuales.

No se debe olvidar que la dimensión de los problemas globales ha de medirse, ante todo, por el grado en que amenazan o perjudican al

hombre, a su vida y habitat. Es el hombre el determinante de todos los valores y el principal indicador de la agudeza, inmediatez y globalidad de los factores que tienden a destruir o a impedir el desarrollo de su sistema objetivo de valores. El problema global que en estos momentos posee mayor incidencia negativa sobre todo el sistema de valores humanos y sobre el hombre mismo como valor supremo es el relacionado con el acentuado desbalance entre los niveles de desarrollo económico, social y cultural de unos países y otros. Es lo que en el escenario internacional se conoce como desnivel entre el Norte industrializado y el Sur subdesarrollado.

Es este problema el que más plenamente expresa el carácter aún no universal de la práctica internacional y de los valores en que ella se sustenta. Precisamente este tipo de práctica, de naturaleza capitalista y basada predominantemente en intereses muy alejados de los humano-generales, fue la que engendró -y hoy sigue ampliando- el abismo que separa a unos grupos humanos de otros, a unos pueblos de otros, en un momento -y esto es lo más contradictorio- en que el hombre

se hace más genéricamente universal, en el que el nivel de desarrollo productivo, científico y tecnológico alcanzado por la humanidad es suficiente para borrar esos desniveles.

Las desigualdades en los niveles de desarrollo social y económico entre los hombre, pueblos y naciones siempre fue objeto de preocupaciones humanísticas, de aspiraciones de justicia social, de defensa de los más genuinos valores humanos, de inspiración de solidaridad con el pobre, con el desvalido, con el débil. Pero nunca antes este problema afectó tan vitalmente el desarrollo global de la humanidad, nunca se constituyó en un peligro tan severo no sólo para el pobre y subdesarrollado, sino también para el rico. El distorsionado desarrollo de la humanidad ha llegado a un límite en el que cada vez se hace más incompatible con el progreso y comienza a manifestar síntomas evidentes de retroceso, en el que el balance entre la creación de nuevos valores y la destrucción de otros empieza a inclinarse hacia el segundo platillo. Y es que este problema trae aparejado la globalización de muchos otros que afectan

-es necesario acentuarlo- no sólo a los países pobres, sino también a los desarrollados. Si en unos países engendra hambre, miseria, analfabetismo, insalubridad, muerte y desolación; en otros provoca hábitos irracionales de consumo, degradación moral, apatía social, violencia, criminalidad, narcomanía y alcoholismo. Son las dos caras de la misma moneda: el alto grado de enajenación humana a que ha llevado la distorsión del desarrollo de la sociedad contemporánea.

El subdesarrollo y todos los flagelos que él engendra hace peligrar hoy la vida humana más que las guerras y que cualquier otro problema global. Además, no se trata sólo de una posibilidad, es una realidad cotidiana que arranca miles de vidas humanas cada día, cada hora, cada minuto.

El desequilibrio en los niveles de desarrollo influye negativamente sobre otros problemas globales, provocando en muchos casos su agudización. Este desequilibrio constituye hoy una de las principales causas posibles de guerra y de peligro para la seguridad internacional. El subdesarrollo, unido a la

irracionalidad consumista del modo de vida en el Norte, acentúan extraordinariamente los problemas ecológicos.(11) El atraso económico, social y cultural de una gran parte del planeta es la causa fundamental del crecimiento demográfico estrepitoso e incontrolado. Obliga, a su vez, a una economía extensiva, dilapidadora de los principales recursos no renovables del planeta.(12)

Todo lo anterior indica que la contradicción Norte-Sur ha pasado a ser la principal en el contexto internacional actual y que el desbalance en los niveles de desarrollo entre unos cuantos países ricos y la mayoría subdesarrollada del planeta constituye el más importante problema global de la contemporaneidad. Hoy se ve a las claras que el destino de la humanidad en gran medida se juega en las relaciones Norte-Sur. Del modo como se solucionen los problema vincula dos al subdesarrollo dependerá en alto grado la estructura del mundo de mañana, el carácter de las relaciones internacionales, la solución de los problemas globales y el destino de los valores universales.

Por supuesto, lo anterior no significa desconocer las causas más profundas generadoras tanto de la contradicción desarrollo-subdesarrollo, como de todo el sistema de problemas globales. ¿Por qué han surgido estos problemas? Resulta paradójico constatar que todos ellos -tanto los aquí mencionados como otros que, sin ser reconocidos universalmente, poseen también ribetes globales- son resultado de la actividad humana, actividad que en cada caso ha perseguido la obtención de fines conscientes y la realización de intereses propios. A diferencia del hombre primitivo, quien solo podía buscar con su actividad el bien suyo y el de su comunidad, los problemas globales contemporáneos evidencian una ruptura entre el sistema objetivo de valores universales y la escala de valores que ha guiado al hombre en su accionar hasta provocar estos problemas.

Esta ruptura -como ya se ha podido observar- no es nueva, data del momento mismo en que se produce la heterogeneización de la sociedad, vinculada, sobre todo, a la aparición de la propiedad privada y las relaciones de explotación entre los hombres.

Desde esa época se produce la separación entre valores objetivos y escalas subjetivas, entre el bien del género y el bien para determinados individuos o grupos del género.

Sin embargo, a pesar de que esta separación, así como la explotación y la propiedad privada que los provoca, existen desde hace mucho tiempo, sólo en los últimos decenios y de manera cada vez más creciente generan los problemas globales. ¿Por qué ha ocurrido esto? Dos son los factores fundamentales que distinguen a nuestra época y que propician la aparición ahora de estos problemas.

En primer lugar, el grado alcanzado por el proceso de socialización e internacionalización de las relaciones sociales, que adquiere en la actualidad una dimensión jamás observada con anterioridad y que abarca todas las esferas de la vida social: económica, socio-política, cultural, informativa, etc. Se trata de un nivel cualitativamente nuevo en el proceso de universalización de la historia, cuando cada parte del planeta tiene múltiples nexos que lo enlazan con el resto del globo terráqueo. El alto grado de interconexión

interdependencia alcanzado por la humanidad permite la rápida e inevitable internacionalización de los problemas locales. Esto, unido a las grandes posibilidades que tiene hoy el hombre de influencia sobre la naturaleza y sobre sí mismo hace que los "errores" (errores desde el punto de vista del progreso de la humanidad y de sus valores) puedan alcanzar dimensiones realmente globales, trascender los marcos de la localidad en que fueron cometidos y adquirir una connotación universal. No es casual, por tanto, que esto ocurra ahora. Sólo cuando el proceso de socialización de las relaciones del hombre arriba a esta fase de su internacionalización se hace inevitable la globalización de las contradicciones que rigen la civilización basada en la explotación y la propiedad privada, es decir, las contradicciones hombre-naturaleza, hombre-hombre y hombre-sociedad. El desarrollo de la burguesía -primera clase explotadora con carácter internacional-genera, junto con el capital transnacional, la globalización de sus conflictos. El surgimiento de los problemas globales se corresponde con una etapa histórica bien

concreta del desarrollo de la humanidad, con la etapa del imperialismo.

El segundo factor de gran importancia, propiciador de la globalización contemporánea de los problemas que acarrear las relaciones de explotación, es la revolución científico-técnica. Esta revolución ha dotado al hombre de un poder enorme, capaz de revertir cualquier proceso natural o social. La revolución científico-técnica ha sido condición indispensable para la creación de armas de exterminio masivo y, ante todo, de las armas nucleares. Ha permitido y estimulado la explotación acelerada de los recursos no renovables. Al convertirse en un poderosísimo instrumento, no racionalmente utilizado, ha propiciado el desequilibrio ecológico y ha sido utilizada como arma para mantener y agudizar los actuales desniveles de desarrollo entre unos países y otros.

Tal ha sido el nivel de incidencia de la revolución científico-técnica sobre los problemas globales que muchos la identifican con la principal causa de estos problemas, mientras que otros la incluyen dentro de los

propios problemas globales. Hay quienes, por el contrario, con una visión menos pesimista de la revolución científico-técnica y reconociendo su influencia decisiva en la aparición de los problemas globales, ven en ella -precisamente por eso- la única solución fiable a estos problemas.

En realidad, la revolución científico-técnica, por sí sola, no puede ni generar ni solucionar los problemas globales. Por lo tanto es incorrecto ver en ella la causa última de estos problemas o la solución mágica a los mismos. La ciencia y la técnica se desarrollan siempre dentro de determinado contexto social que es quien determina su destino. Ellas no son, en sí mismas, ni un valor ni un antivalor absoluto. Eso sí, pueden convertirse en un valor instrumental si están destinadas al mejoramiento del hombre, genéricamente entendido; como también pueden convertirse en un antivalor instrumental, es decir, en un instrumento que persigue fines antivaliosos, aun cuando satisfaga las necesidades de determinados grupos humanos. (13)

Claro que el hecho de que comúnmente en Occidente se le achaque a la revolución científico-técnica y al progreso mismo de la civilización la causa fundamental de los problemas globales tiene su explicación lógica. Realmente la evolución de la civilización dentro del sistema capitalista genera como consecuencia inevitable los problemas globales. Para quien asume el capitalismo como el estado natural de la sociedad es lógica la interpretación pesimista de los problemas globales y el sentimiento en contra de la revolución científico-técnica y el progreso de la civilización.

Mucho más racional, sin embargo, nos parece la opinión que incluye a la revolución científico-técnica dentro de los problemas globales de la contemporaneidad. En verdad la ciencia y la técnica han adquirido hoy tal dimensión en la vida del hombre que puede afirmarse que la propia regulación adecuada de su uso adquiere importancia global. Por lo tanto, al mismo tiempo que debe rechazarse la idea de responsabilizar unívocamente a la revolución científico-técnica con la aparición y posible solución de los problemas

globales, es necesario reconocer que ella es una condición o premisa para su surgimiento, un medio importante para su solución y, en determinado sentido, es también un problema global.

De lo anterior se desprende, no obstante, que hay que buscar en otro lugar la causa última de los problemas globales. Y ese lugar se ubica precisamente en el predominio de las relaciones sociales de explotación. Este tipo de relaciones, basadas en la propiedad privada, genera un egoísmo que le es consustancial. Si el status de privilegio que puede tener un individuo, grupo, clase o nación se debe al carácter privado de su propiedad, a la cuantía de la misma y al grado en que ésta se diferencia de la de los otros, es lógica la intención de mantener y mejorar ese status apelando a la conservación e incremento de su diferenciación con el resto de sus semejantes, contraponiendo sus intereses a los de los otros y, por esta vía, a los de todo el género. Este egoísmo inevitablemente engendrado por el tipo de relaciones sociales prevalecientes conlleva de manera natural a un accionar basado en intereses distintos a los humano- generales.

y en una interpretación de los valores alejada de los que son realmente universales. De ello se desprende una actitud rapaz hacia la naturaleza y hacia el propio hombre que, bajo las condiciones de la revolución científico-técnica y el grado de internacionalización adquirido por las relaciones sociales, provoca necesariamente la aparición de problemas amenazantes para toda la humanidad.

Esto significa que los problemas globales se relacionan con contradicciones también globales, y con fuerzas e intereses dispares que ocupan los polos de estas contradicciones. En el fundamento de ellas se encuentra el conflicto a escala internacional entre el grado de desarrollo alcanzado por las fuerzas productivas creadas por el hombre -y que hoy se distinguen por una profunda revolución científico-técnica- y las relaciones sociales de producción prevalentes, basadas en la propiedad privada y, por tanto, en intereses egoístas, que siguen siéndolo aun cuando sean los de un grupo, una clase o una nación. Expresado en términos axiológicos, puede decirse que el surgimiento y agudización de los problemas globales es

la más importante manifestación del conflicto entre el alto grado alcanzado por el proceso de universalización de la historia y de los valores y el tipo de valores no universales que se impone en la práctica internacional. Estos problemas muestran la incapacidad que posee el sistema capitalista de organización social para generar un tipo de relaciones entre los hombres basado en los más altos valores de la humanidad.

El capital es ajeno por naturaleza a una conciencia axiológicamente universal y actúa en el terreno internacional no por buena voluntad, no buscando plasmar en la práctica determinados valores universales, sino por cálculo puro, aspirando a obtener las mayores ganancias posibles. De ahí que la política imperialista, en consonancia con su propia esencia, se base más que todo en el principio de buscar ventaja para sí en la desventaja de los demás. Por eso es que engendra los problemas globales y por eso sus escasas posibilidades para enfrentarlos. Y es que una de las dificultades fundamentales que tiene la sociedad de la propiedad privada ante los problemas globales es la

ausencia de rentabilidad inmediata que entraña su enfrentamiento.

Por supuesto, lo anterior no niega la existencia dentro del mundo capitalista de un sector creciente de la población con serias aspiraciones de dar solución a los problemas globales y lograr una favorable conciencia universal al respecto. Aquí no sólo se encuentran muchos grupos con una orientación francamente progresista, sino también otros que han ido adquiriendo conciencia del peligro y las consecuencias desfavorables que sobre sí mismos se revierten como resultado de la agudización de los problemas globales. Este es un hecho real que ha encontrado su manifestación en la actividad que despliegan diversos órganos y entidades internacionales con vista a estudiar los problemas globales, a divulgar sus consecuencias y a buscar la cooperación para su solución.

Pero esta verdad no puede encontrar en ningún sentido el hecho real de que la actual estructura capitalista de las relaciones sociales, tanto en los marcos nacionales como a nivel internacional, lejos de favorecer,

agudiza los problemas globales y obstaculiza su solución. Viene a la memoria, por su vigencia, aquella sentencia leninista: "Dondequiera que se mire aparecen a cada paso tareas que la humanidad está en perfectas condiciones de resolver inmediatamente. Estorba el capitalismo. Ha acumulado a montones la riqueza y convertido al hombre en esclavo de ella".(14) El surgimiento y constante agudización de los problemas globales pone hoy en evidencia, más que cualquier otro argumento y a gran escala, la limitación histórica del capitalismo. Esto es muy importante decirlo ahora, cuando los acontecimientos parecen confirmar lo contrario. La aplastante victoria que el capitalismo parece haber obtenido hacia los 90, tendrá que ser, medida en tiempo histórico, efímera.

La creciente contradicción entre las posibilidades científico-técnicas y económicas de solucionar los problemas globales y la incapacidad del capitalismo de aprovecharlas en la medida y con el apremio que exigen las circunstancias, empuja a la civilización contemporánea hacia la búsqueda de una nueva socialidad, de un nuevo tipo de

relaciones humanas, basadas realmente en valores universales. Al imponerle a la humanidad formas de funcionamiento que contradicen cada vez más estos valores y que la apartan de la razón, al conducirla por un camino de autoexterminio que choca con el más elemental sentimiento de autoconservación, el capitalismo está aportando una prueba irrefutable del agotamiento de sus posibilidades, de su salida paulatina de los marcos de una civilización verdaderamente humana. No importa que la historia reciente parezca indicar lo contrario. No importa que hoy muchos lo perciban como la única forma posible de organización humana. Más allá de las apariencias y percepciones, el curso objetivo de desarrollo del capitalismo va llevando cada vez más a la humanidad hacia una encrucijada con sólo dos alternativas: o cambia hacia formas más racionales de convivencia o se deja aplastar irreversiblemente por el peso de los problemas globales.

Sin dudas, la discusión sobre el enfrentamiento de los problemas globales choca indefectiblemente con el problema del futuro social de la humanidad. No es casual que A. Peccei, difunto presidente del Club

de Roma, llegase a la conclusión de que para resolver los problemas globales habría que cambiar primero al propio hombre, (15) y que antes que él F. Ferkiss abogara por una inminente revolución existencial. (16) Por supuesto, el cambio del hombre implica un cambio de las condiciones sociales que lo engendran. Por eso la solución definitiva, confiable, duradera, de los problemas globales será posible sólo en los marcos de un mundo superior al capitalista, no basado en la propiedad privada y en intereses egoístas. El comunismo, señalaba Marx, "...es la verdadera solución del antagonismo entre el hombre y la naturaleza, entre el hombre y el hombre..., entre individuo y género". (17) Esto sigue siendo una verdad hoy. El nuevo tipo de socialidad que exige la agudización de los problemas globales ha de basarse en la propiedad social y habrá de ser, en primera instancia, de carácter socialista. (18) Sólo en un mundo predominantemente socialista será probable una conciliación de acciones guiada por intereses humano-generales, sin que medie la presión como mecanismo fundamental para obtenerla.

Es evidente que ya hoy son precisamente los problemas globales el factor más importante a escala internacional para estimular, unido a las contradicciones internas de clase, la lucha por un nuevo régimen social. Están ellos entre los máximos inspiradores en la búsqueda de la nueva socialidad, en el camino hacia el ideal de justicia social. Esta aspiración necesariamente trasciende hoy los marcos de clase, los marcos nacionales y se convierte en una necesidad de la comunidad mundial.

Pero ahora más que nunca se hace también evidente que no puede esperarse a que ese nuevo mundo se conforme para solucionar -al nivel que sea posible- los problemas globales. El camino más eficaz y definitivo sería lograr una plena identificación del hombre con su esencia, a través de una verdadera transformación socialista del sistema social que permita la desalienación del hombre y la asunción real de los intereses y valores universales como propios. Pero este camino, si bien irrenunciable, se presenta hoy tan largo que no permitiría llegar a tiempo a resolver los problemas globales antes de que éstos destruyan la

civilización. Hay que tomar otro, que aunque no ofrezca plenas garantías, es ahora el más rápido y único posible. ¿Cuál es ese camino?

Valores universales y vías para enfrentar los problemas globales

El enfrentamiento hoy a los problemas globales exige un cambio cualitativo de los principios que rigen las relaciones internacionales, de manera que sea posible ponerle coto a la actividad irracional, desnaturalizada y deshumanizada que genera el capital. La solución de estos problemas sólo es factible como resultado de una priorización efectiva y real de los valores universales en la política de cada Estado, tanto en lo concerniente a las relaciones interestatales, como en todo lo que atañe a los problemas globales dentro del territorio propio.

La reestructuración del sistema de relaciones internacionales ha de garantizar lo uno y lo otro. Pero para ello es imprescindible colocar en la base de dichas relaciones normas esencialmente distintas que las regulen y que propicien, tanto como se pueda, el ascenso

base el reconocimiento de la dignidad intrínseca y de los derechos iguales e inalienables de todos los miembros de la familia humana";(19) mientras que los artículos 1 y 2 de la mencionada Declaración apuntan hacia la misma dirección del reconocimiento de la igualdad en valor de todo representante del género humano: "todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos..."; "toda persona tiene todos los derechos y libertades proclamados en esta Declaración, sin distinción alguna de raza, color, sexo, idioma, religión, opinión política o de cualquiera otra índole, origen nacional o social, posición económica, nacimiento o cualquier otra condición".(20)

Significa que la regulación de la relación del hombre hacia el hombre es una vieja aspiración que ya ha encontrado su manifestación, incluso, en pactos, convenios y declaraciones internacionales. No es casual. Esta relación expresa el grado de desarrollo civilizado de la sociedad. Ella es definitiva en el carácter que adquieren también las relaciones hombre-naturaleza y hombre-sociedad y, mientras que no se base en el más alto humanismo y de esta forma

alcance los vínculos más universales -a nivel internacional-, será poco probable el enfrentamiento exitoso de los problemas que hoy amenazan a la humanidad. De ahí que en estos momentos sea de vital importancia asumir la relación de una nación con otra como la más elevada manifestación de la relación hombre-hombre, como la más importante forma posible de humanismo, como el espacio en que cabe ubicar a los valores de más alta jerarquía y donde ha de imponerse, más que en cualquier otra parte, la racionalidad de las relaciones humanas. Ya Marx lo preveía al escribir el Manifiesto Inaugural de la Asociación Internacional de los Trabajadores (I Internacional) cuando señalaba que "las sencillas leyes de la moral y la justicia, que deben presidir las relaciones entre los individuos, sean las leyes supremas de las relaciones entre las naciones".(21) Esto, que para su tiempo podría parecer tan sólo un sueño, ha llegado a ser un imperativo categórico de la época en que vivimos. Es ese el objetivo esencial que ha de trazarse, todo aquel que aspire realmente a revertir el proceso de autodestrucción de la humanidad.

En otras palabras, se trata de que la razón, el humanismo y los valores universales se conviertan de hecho en la brújula que oriente el arreglo de las relaciones internacionales, lo cual presupone la necesidad de crear un sistema único de valores a nivel global que defina la actitud de la comunidad internacional hacia la naturaleza, hacia la organización social de la vida y hacia el género humano. Este sistema -que ha de ser lo más cercano posible al sistema objetivo de valores universales- deberá tener todas las garantías necesarias para que sea él precisamente, y no alguna interpretación unilateral y parcializada suya, el que rijan las relaciones internacionales.

Esto último es importante resaltarlo. No basta con el reconocimiento explícito por la comunidad de naciones del lugar preponderante del hombre, de sus valores y derechos. Esto es imprescindible, pero insuficiente. La propia Declaración Universal de Derechos Humanos, así como los pactos y convenciones que al efecto han sido aprobados, constituyen pasos importantes en la sustentación del valor supremo del hombre y en el reconocimiento de toda una serie de

valores universales indiscutibles que deben garantizar el bienestar del ser humano, una vida digna y libre para él. A pesar de las posibles insuficiencias e imperfecciones, éstos son documentos de incuestionable importancia en la búsqueda del sistema de valores universales. Sin embargo, su aprobación y reconocimiento no ha hecho posible que los valores en que se sustentan rijan realmente las relaciones internacionales. A cada paso nos encontramos con malinterpretaciones de estos derechos, con la manipulación política de los mismos en aras de satisfacer las ambiciones de unos pocos. ¿Cuántas veces han sido esgrimidos como banderas ciertos "derechos" para pisotear masivamente otros?

Y es que aquí se pone de manifiesto aquello de lo cual, en un plano más teórico, ya habíamos hablado: los valores universales, aun siendo universales, no se manifiestan ni interpretan igual por todos los individuos, grupos sociales y naciones. Lo dicho en relación con los valores universales totalmente aplicable a los problemas globales, en tanto expresión negativa de esos valores. En todo el mundo se reconoce la

necesidad de resolver estos problemas. Sin embargo en su interpretación influyen tanto las posiciones conceptuales cosmovisivas e ideológicas, como los problemas específicos que para unos u otros grupos de la población mundial son de mayor peso y actualidad.

Es evidente que no todos los problemas globales se sienten con igual fuerza en todos los países. El rico no puede juzgar la pobreza en la misma dimensión de quien la lleva sobre sus espaldas. Para quien el sentido de su existencia es la búsqueda permanente del sustento de cada día puede parecer extravagante oír hablar de los problemas ecológicos. No se trata sólo de un sentimiento subjetivo. Es que objetivamente determinados problemas adquieren una agudeza especial en cada caso, en dependencia de la situación específica del país en cuestión, de sus sistema social, de su nivel de desarrollo socio-económico.

A esto se suman las diferencias interpretativas derivadas de las distintas concepciones ideológicas de que se parte y que tienen su fuente en el mayor o menor distanciamiento de los intereses propios en

relación con los intereses humano-
generales.

Como resultado surge un abanico de concepciones que se diferencian por el enfoque general de los problemas globales, por las causas que se le atribuyen, por la jerarquía que se asume y, en definitiva, por las vías que se proponen para su solución.

El asunto de la jerarquía es importante no perderlo de vista. Objetivamente, tanto los valores como los problemas que afectan al hombre están ordenados jerárquicamente. Dentro de ese orden los valores universales y problemas globales ocupan los escaños superiores. Pero también entre unos y otros existe un determinado ordenamiento que cambia y se asume de manera diferenciada de acuerdo a las circunstancias y de acuerdo a la región, nación, grupo social o tipo de personalidad, desde cuyo prisma sean analizados.

Esto no significa que para la sociedad humana tomada como un todo, para el hombre genéricamente entendido y para el progreso de una y otro no exista un orden jerárquico

bien determinado. Este orden existe con independencia de la forma en que sea interpretado. En él ocupan su puesto no sólo los valores y problemas universales propiamente dichos, es decir, aquellos que poseen una determinada significación -positiva en el primer caso y negativa en el segundo- para toda la humanidad o una buena parte de ella, sino también otros particulares que, sin ser universales en el anterior sentido, alcanzan cierto grado de universalidad al poseer una significación bien concreta para ciertas comunidades humanas y, a través de ellas, para el género humano.

Sin embargo, un valor particular puede universalizarse siempre que su realización no se contraponga u obstaculice la realización de otros valores de mayor o igual rango jerárquico. De la misma forma un problema local puede ser asumido como potencialmente global sólo en el caso que su enfrentamiento no ocasione problemas aun mayores para la humanidad o genere problemas de importancia semejante para otras latitudes. Los intereses de un país no deben realizarse a costa de los intereses de otros países. El bienestar de una comunidad o pueblo no se

puede justificar axiológicamente cuando éste se logra en detrimento de los valores de la humanidad o de otras comunidades o pueblos, dando como resultado más pérdidas que ganancias para el género humano.

El asunto esencial ahora es lograr una interpretación subjetivamente universal de la escala jerárquica de los valores y problemas globales que se acerque, todo cuanto sea posible, a su escala objetiva y que oriente en el ámbito internacional una actuación en correspondencia con ella. Este paso es necesario darlo hoy. ¿Puede lograrse?

Un intento por hacerlo lo constituyó la llamada "Política de la Nueva Mentalidad"(22) promovida por la última dirección soviética. Esta concepción tenía como objetivo explícito la conversión de los valores universales en el sustento real de las relaciones internacionales. "La diferencia radical -nos dice V. Petrovski, politólogo y viceministro de Relaciones Exteriores de la URSS en aquel entonces,- de la nueva mentalidad política respecto a todas las teorías y doctrinas de desarrollo de las relaciones internacionales existentes

con anterioridad, consiste... en que ella no enfoca la política mundial a través del prisma de la correlación de fuerzas, sino a través de la búsqueda de un equilibrio de intereses de diversos estados, a través de asegurar la prioridad de los valores generales de la humanidad. La búsqueda de la "resultante" de los intereses de los Estados, de su equilibrio, representa la quintaesencia y, a la vez, la base de la nueva mentalidad política".(23)

Puede observarse aquí la cercanía de este propósito con el que se deriva de las reflexiones que se han venido exponiendo. La intención de sustentar las relaciones interestatales en el equilibrio de intereses y en valores universales no puede ser más que aplaudida. Sin embargo, ¿cómo se pretendía llevar esto a efecto? El propio Petrovski nos aclara un tanto la interrogante: "...sus elementos clave (de la nueva mentalidad - J.R.F.) no sólo son la libertad de opción social y política, sino también la desideologización de las relaciones interestatales".(24)

El rasgo distintivo de la ideología es la expresión en ella de los intereses de determinados sectores sociales. Desideologizar las relaciones interestatales significa entonces obviar o echar a un lado los intereses y valores propios -nacionales, de clase- de cada uno de los Estados en aras del predominio de los valores universales y de los intereses humano-generales. Esto se creyó posible debido a que se partía del reconocimiento del carácter interconexo e interdependiente del mundo de hoy, lo cual, unido a la generalizada conciencia del inminente peligro que significan los problemas globales, en especial, la posibilidad de una conflagración nuclear, presuntamente facilitaría la unidad de acción basada en los más altos ideales humanistas. Sólo estorbaba la ideología que, en los marcos de esta concepción, parecía ser el principal factor separador entre las naciones.

En la política de la nueva mentalidad se daba una mezcla de tesis ciertas y aspiraciones legítimas con presupuestos erróneos y fórmulas ilusorias e irreales para enfrentar los problemas del planeta.

Objetivamente el mundo tiene un alto nivel de integridad e interconexión. Ese nivel está condicionado por la economía, la política, la cultura, la ciencia, el deporte y muchos otros factores. Pero también objetivamente el mundo posee una gran heterogeneidad e importantes razones para mantenerse distanciado, que encuentran su manifestación en esas mismas esferas. Un mundo basado, en la cooperación y sustentado en valores universales constituye un genuino ideal por el que hay que luchar, pero no pasando por encima o ignorando los factores objetivos que nos separan.

La apelación a los intereses y valores universales, desligada de la heterogeneidad de condiciones objetivas en que éstos actúan, está condenada, de antemano, a quedarse sólo en el plano de la abstracción. Los valores universales y los intereses humano-generales existen no en abstracto, sino de manera concreta, ligados y a través de otros valores e intereses menos universales, regionales, nacionales, clasistas.

No es posible, por tanto, la desideologización. La defensa contra el

peligro de una guerra nuclear es una actitud muy ideologizada, aunque sea compartida por naciones con diferentes sistemas socio-económicos. A pesar de que se trata, sin discusión, de una gran amenaza a los valores universales, cada parte la juzga desde el ángulo de sus intereses y valores propios y de ahí las diferencias de enfoques. La coincidencia en cuanto a los fines -evitar la guerra- parte de una evaluación, en cada caso, de lo que ella significaría para los intereses respectivos y no de una coincidencia de los intereses mismos. Por eso en el plano pragmático -y en esto llevaba toda la razón la política de la nueva mentalidad- es perfectamente posible, necesario y conveniente para las distintas partes la realización de acuerdos, pactos y determinados pasos prácticos que disminuyan el peligro nuclear. No se pueden demeritar los resultados prácticos que en este sentido obtuvo esta política. Pero ello no significa que en cada caso se parta de genuinos intereses humanistas situados por encima de cualquier ideología. Si todavía quedara alguna duda sobre esto podríamos meditar sobre las respuestas a las siguientes interrogantes: ¿habría mostrado el impe-

rialismo norteamericano el mismo interés en disminuir el arsenal nuclear si sólo él fuese portador de este tipo de armas?; ¿por qué el subdesarrollo, causante de tantas penurias en una gran parte del planeta, no preocupa y ocupa a los círculos gobernantes imperialistas en la misma medida en que lo hacía el peligro nuclear o la "amenaza comunista" en la época de la guerra fría?; ¿a dónde fue a parar la consigna "paz para el desarrollo" promovida por la nueva mentalidad?

Pero además, si los intereses y valores universales sólo existen a través de los particulares, ¿cómo es posible apelar a ellos haciendo dejación de la ideología que mejor los representa, renunciando a los intereses y valores que más se les acercan? Todo lo contrario, la lucha por los valores universales significa para las fuerzas del progreso la lucha por los valores propios. El olvido de esta realidad -unido a otros factores- le costó a los soviéticos su desaparición como país y el abandono del socialismo. Hoy sabemos a qué condujo la pretendida desideologización: a una venta de principios y la tendencia al predominio de

una sola ideología en el mundo. Y es que las ideologías no caen del cielo, son generadas por realidades sociales bien concretas. La intención unilateral y voluntarista de extraerlas de las relaciones interestatales sólo puede conducir a un resultado parcial e incompleto: la renuncia a la ideología propia. En lugar de lograr el reconocimiento universal de los verdaderos valores humanos, se permitió que se impusiera la interpretación imperialista de estos valores, lo cual, por su puesto, no condujo a la sustitución de lo clasista por lo universal, sino de "lo clasista" por "otro clasista", por demás, más alejado de lo universal. Persiguiendo un universalismo abstracto la nueva mentalidad degeneró en realidad hacia un universalismo capitalista y un universalismo balcanizado en mil pedazos nacionales y étnicos.

La capacidad real que tienen las fuerzas progresistas para imponer un tipo de relaciones internacionales basadas en el humanismo, en los valores universales, en la igualdad de derechos, no ha de realizarse únicamente por el ilusorio camino del convencimiento y la obtención de compromisos

por parte de las fuerzas sociales que se le oponen, sino, ante todo, por la lucha activa, consecuente y unida por sus propios intereses. La práctica internacional reciente da pruebas de que los llamados a la cooperación, a la renuncia de los intereses y valores propios en aras de los de la humanidad cuando éstos son abiertamente contrapuestos, a que el rico y el fuerte renuncien a su posición privilegiada en favor del pobre y el débil, lejos de dar el resultado esperado, pueden acarrear consecuencias opuestas. Sólo habría que poner en una balanza hoy lo que ha ganado y lo que ha perdido el Tercer Mundo como resultado de la realización práctica de la política de la nueva mentalidad. No nos llamemos a engaño. El mantenimiento del actual status quo del Tercer Mundo responde a los intereses del imperialismo y a su interpretación de los valores universales. La política exterior imperialista, ante todo la de Estados Unidos, siempre ha perseguido y sigue persiguiendo los objetivos claramente clasistas y nacionalistas de expansión de su sistema y de mantenimiento de los países subdesarrollados como su periferia. Un

repaso superficial a la historia permite observar multitud de ejemplos de cómo este país ha tratado, ora con consejos, ora con presión política y económica y también a través de la violencia armada, de implantar sus "valores democráticos", su modo de vida, sus nociones sobre política exterior, al resto del mundo, ahora con muchos menos obstáculos, después de la desaparición de la principal fuerza que se le oponía.

En este momento el curso de las relaciones internacionales y de la política mundial se está rigiendo cada vez más por la voluntad de una sola potencia, del imperialismo norteamericano, autoproclamado árbitro mundial, defensor de la democracia y guardián del orden universal. El peligro que esto representa comienza a ser percibido, incluso, por los mismos que un día abogaron por la desideologización de las relaciones interestatales. (25)

La apelación a la democracia, la libertad, los derechos humanos y a otros valores universales por el imperialismo parte en realidad de la asunción como universal de su

interpretación de estos valores, parte de su modelo particular de democracia, de libertad, de derechos humanos, sin tener en cuenta la distancia que presumiblemente existe entre esta interpretación subjetiva y el contenido real y objetivo de estos valores, sin tener en cuenta los distintos contextos históricos que exigen una manifestación particular de dichos valores. El "humanismo" que en consecuencia hoy parece imponerse en las relaciones internacionales es una abstracción del verdadero humanismo, es el humanismo del rico, del poderoso, que cree ser muy humano cuando aconseja que sigan su propio modelo, o cuando rectifica -aunque sea por la fuerza- los errores de los otros -"infelices" e "ignorantes"-, o cuando alcanza alguna migaja al desvalido, y sólo a aquel que le inspira simpatías, que lo adula, que lo estima superior; no, por supuesto, al que se le resiste con independencia y lo desafía.

Este es el "sistema de valores universales" que hoy se le trata de imponer a la humanidad, haciéndose caso omiso a la voluntad del resto del planeta, sistema que,

tales formadores de conciencia se encuentran en las mismas manos de aquellos que más necesitan transformar su conciencia, de aquellos cuyo mundo se acaba en Hollywood o Brooklyn y poco o nada saben de los intereses y valores de los africanos, asiáticos o latinoamericanos. El predominio de los valores universales en las relaciones entre los Estados no puede lograrse -mucho menos hoy- apelando a la "gentileza" y "buena voluntad" del imperialismo, para quien el asunto se reduce a convertir su interpretación subjetiva de los valores, la de los más ricos y poderosos, la de los principales deudores globales de la humanidad, la de los "vencedores" de la guerra fría, en el concepto universalmente aceptado de dichos valores. Evidentemente ese no puede ser el camino, por muy buenas que sean las intenciones de quienes lo proponen.

Es necesario lograr que la política mundial y las relaciones interestatales se rijan de hecho -y no de palabra- por los intereses humano-generales y por los valores universales. La solución de los problemas globales necesariamente implica la represión

por demás, no puede ni siquiera acercarse a la verdadera escala objetiva de dichos valores. Siendo, como es, el principal responsable histórico del surgimiento y agudización de los problemas globales, a la vez que el principal obstáculo para su solución -debido al choque antitético de sus intereses con los de la humanidad en general-, el imperialismo es incapaz de ofrecer una interpretación fidedigna de los valores universales y de los intereses humano-generales. Interpreta los problemas globales a través del prisma de los problemas locales, los valores universales a través de los "valores" propios, lo cual inevitablemente conduce a una representación desfigurada de unos y otros.

El llamado a colocar los valores universales en la base de las relaciones internacionales sigue siendo legítimo. Pero es necesario aprender las lecciones de la historia. Este paso no puede ser dado sobre la base de una utópica autoconciencia planetaria. El trabajo sobre las conciencias, siempre será necesario, pero no ha de sobreestimarse. No debe olvidarse que los mecanismos fundamen-

de los intereses que son incompatibles con el progreso de la humanidad. Por tanto, de lo que se trata hoy es de lograr, con el concurso de todos y por parte de todos, una conducta internacional lo más acorde posible con el contenido objetivo de los valores universales y de no dejar pasar por tales la noción que sobre ellos tienen unos u otros, por muy poderosos que sean.

Sin embargo, la política hoy se sigue rigiendo por la fuerza. En las condiciones actuales no basta una mayoría cuantitativa de los intereses genuinamente universales en la conciencia del planeta. La sumatoria de los intereses de la humanidad no es igual a las fuerzas físicas internacionalmente instituidas en aras de su cumplimiento. Aun cuando para legitimar la acción de los más fuertes se aduzcan ciertos valores universales, en el estado actual de cosas no existe -como se ha podido apreciar- garantía alguna de que sean precisamente ellos los que rijan las relaciones inter-estatales. Ha de haber un mecanismo internacional que garantice esto.

Ante la imposibilidad en estos momentos de reestructurar las relaciones internacionales sobre la base de un orden formacional cualitativamente nuevo -como sería la cooperación socialista entre naciones, que necesariamente tendrá que ser asunto del futuro- el mecanismo propiciador del cambio tendrá que ser extraído de las propias potencialidades inmediatas inherentes al mundo de hoy. En este mundo, predominantemente capitalista, es necesario apelar a sus propios y genuinos valores, a aquellos que son de reconocimiento universal, para transformar el orden internacional existente. La vía para lograrlo es la democratización de las relaciones internacionales. No se avizora otra salida como paso inmediato. Sin un mecanismo de presión supranacional, como puede ser una democratizada comunidad internacional de naciones, a poco es posible aspirar.

Ya hoy puede observarse un Tercer Mundo universalmente preocupado -la última cumbre de los No Alienados es muestra de ello- por la democratización de las relaciones internacionales. Y es que la democratización parece

ser la única vía fiable en estos momentos para emprender la solución de los problemas globales y, de ellos, el fundamental: el subdesarrollo. Ella ha de servir de medio para lograr la humanización de las relaciones internacionales, para convertir al hombre, independientemente de la nacionalidad, Estado o clase social al que pertenezca, en el principal criterio definitorio de la justeza o no de estas relaciones y de la necesidad de su cambio. La fuerza supraestatal que dimana de la puesta en una balanza de los intereses de cada nación necesariamente tendrá que estar por encima de los criterios nacionalistas o de superpotencia económica y política que hoy definen los "valores" que guían el orden internacional y acercará de hecho al hombre a la posición de índice real de los valores universalmente reconocidos. Se trata de un elemental acto de justicia histórica. Si todos los hombre son iguales -como lo reconoce la propia Declaración Universal de Derechos Humanos-, ¿por qué los intereses de unos han de tener mayor representatividad en los organismos internacionales que los de otros?; ¿por qué permitir que los que son económica

y militarmente más poderosos impongan sus dictados, sus modelos, su modo de asumir los valores universales y los problemas globales al resto de la humanidad?

Claro que para que la democratización sea real, se necesita la voz libre (libre de presiones económicas, políticas y de todo tipo) de cada uno de los pueblos. Por esta razón la independencia, soberanía y autodeterminación son premisas indispensables para la democratización, a la vez que constituyen junto a ella importantísimos valores universales en el mundo de hoy. Tan sólo el país que tiene posibilidad para decidir voluntariamente, sin violencia militar, presión política o coerción económica, qué intereses asumir como propios, con quién y como colaborar, puede realmente incorporar su ingrediente autónomo al equilibrio de intereses y valores. De lo contrario, las relaciones que en apariencia responden al criterio propio e independiente seguirán siendo en realidad de dominio y subordinación.

Pero, ¿acaso no será también una utopía irrealizable la democratización de las relaciones internacionales? ¿Es que no ofrecerán resistencia a ella quienes hoy ostentan una situación privilegiada y poseen, además, la mayor fuerza? Por supuesto, no es empresa fácil y el camino estará preñado de obstáculos que hoy parecen insuperables. Sin embargo; por grandes que sean las dificultades, ¿existe de hecho otra alternativa? ¿Puede esperar pasivamente este inmenso Tercer Mundo -máximo perjudicado con el actual orden internacional y máximo beneficiario de la democratización de las relaciones interestatales- a que los que hoy imponen sus principios a la política mundial se autoconvenzan de sus errores y cambien para bien?

Evidentemente no se puede esperar a que esto ocurra. Las posibilidades de desarrollo negativo del Tercer Mundo están llegando al límite de su agotamiento. Cuando esto sucede, o se perece, o se cambia hacia un desarrollo positivo. La única opción que va quedando a los países subdesarrollados es su integración económica y política, no por

aquello de que la miseria compartida toca a menos, sino porque es la única expectativa realmente prometedora ante el Norte opulento que los devora. Sólo convirtiéndose en un bocado demasiado grande y pesado se evitará la ingestión. A una política regida por la fuerza no queda otra alternativa que contraponerle otra fuerza, la fuerza que dimana de la unión del Sur, de todo el Tercer Mundo, fuerza utilizable con cierta efectividad aun dentro de los marcos de las imperfectas estructuras jurídicas internacionales, fuerza que debe ser dirigida, ante todo, hacia el perfeccionamiento de esas estructuras, hacia su democratización.

Entiéndase bien que se trata de la integración Sur-Sur y no Norte-Sur, como a la que aspiran algunos gobiernos. Esta última sólo acarrearía para el Sur una forma más elegante de ser consumido, acentuaría su dependencia, incrementaría su debilidad relativa y haría peligrar aún más su soberanía e incluso su originalidad cultural. A pesar de presentarse en apariencia como una posición más cómoda y de ventajas

inmediatas, tal tipo de integración sólo eliminaría las barreras formales de la ya hoy existente división entre centro y periferia, pero en modo alguno eliminaría la división misma. La cercanía en que se encuentran las posiciones sociales que ocupan los países subdesarrollados, la comunidad de sus problemas, anhelos e intereses, permiten una percepción unificada de los valores universales imposible de lograr con los países desarrollados del Norte.

Y una última observación a este respecto. La integración del Sur no se podrá realizar a plenitud en base a las recetas neoliberales que hoy tratan de imponerse. El juego libre del mercado está entre las causas fundamentales del estado actual de cosas. ¿Cómo esperar a que él resuelva ahora los problemas? Sin menoscabar el real papel que debe desempeñar el mercado, lo cierto es que el neoliberalismo no puede llevar a otro lugar que no sea acentuar la dependencia respecto al Norte, al tiempo que haría muy difícil la integración plena del Sur. (26) Por eso la integración económica ha de estar acompañada y mediada por la integración

política. Sólo esta última permitirá la unificación de todo el Tercer Mundo en un bloque lo suficientemente fuerte como para exigir con posibilidades de éxito un cambio radical del sistema político interestatal, la democratización de las relaciones internacionales y, a través de ésta, la puesta en su lugar de los verdaderos valores de la humanidad.

La integración, por tanto, es un elemento de suma importancia en la lucha por la democratización. Sin embargo, debe quedar claro que esta última por sí sola no ofrece aún plenas garantías para que sea el sistema objetivo de valores universales quien rijas las relaciones interestatales. Ya se ha señalado que ella necesita como premisa la soberanía, la independencia y autodeterminación, que son valores aun no asegurados del todo y que hoy corren un grave peligro ante los intentos de desacreditarlos, disminuir su importancia y subordinarlos a otros "valores democráticos" supuestamente más fuertes, para lo cual se ha echado a rodar por el mundo el concepto de "soberanía limitada".

Pero tampoco debe olvidarse que en un contexto eminente mente capitalista es imposible evitar la manifestación de cierto egoísmo -ajeno a los intereses humano-generales- en las relaciones internacionales, por muy democratizadas que éstas se encuentren. Esto es así incluso en lo referido a muchos países pobres. La preocupación por los intereses y valores universales sólo es masivamente posible cuando se sientan realizados los intereses y valores más inmediatos, más materiales, más vinculados a la subsistencia digna del ser humano. Y esto para una gran parte del planeta está todavía vedado. Por otro lado se encuentra un grupo de naciones desarrolladas interesadas objetivamente por el mantenimiento del actual status de desigualdad que caracteriza al mundo y, por lo tanto, opuestas a la realización de los verdaderos valores universales. Quiere decir que los intereses humano-generales no son el simple resultado del balance de todos los intereses humanos, ya que muchos de estos últimos, o bien no han podido elevarse hasta la altura de aquellos, o bien les son abiertamente contrapuestos. Esto necesi-

riamente tendrá que ser así mientras que no se resuelva el problema del secular atraso de muchos países y mientras que el sistema de relaciones sociales no solucione la contradicción entre el hombre real y su género; y ya sabemos que, al menos esto último, el capitalismo es incapaz de hacerlo.

Además, para que la democratización internacional exprese el balance real de los intereses humanos ésta debe ir acompañada de la democratización interna dentro de cada país, de forma tal que la actuación internacional de los gobiernos sea lo más representativa posible de los intereses de sus respectivos pueblos. Es conocido que si bien para el mundo exterior cada nación actúa como una unidad, en su realidad interior ésta no representa tal unidad, sino que se encuentra diversificada por criterios de clase, políticos, económicos, ideológicos, étnicos, religiosos, profesionales y otros. En correspondencia, en el plano interno existe todo un caleidoscopio de intereses disímiles que pueden coincidir, pero que pueden también ser opuestos, y que no siempre

encuentran su adecuada expresión en las decisiones gubernamentales.

A todo esto se suma el hecho de que tanto la democracia externa como la interna se construyen en base a la manifestación consciente de los intereses propios. Pero no siempre, ni mucho menos, el interés objetivo, dimanante de la real posición social del sujeto, coincide con el interés que éste conscientiza y asume como propio. En este proceso de conscientización influyen notablemente la propaganda publicitaria y todos los mecanismos manipuladores de conciencia que hoy se conocen. Significa que no en todos los casos, al expresar "democráticamente" su voluntad, el sujeto -individual o colectivo- manifiesta con ello sus reales intereses objetivos.

Todos estos factores limitan las posibilidades reales que dimanen de la democratización de las relaciones internacionales. Aun así ella es la única vía posible para acercar los principios que rigen el orden internacional a los valores universales. De estos factores limitadores,

hay algunos que necesitan y pueden obtener una solución más o menos inmediata, otros que pueden irse atenuando paulatinamente, mientras que los terceros sí tendrán que ser arrastrados hasta que se produzca un cambio de socialidad.

Entre los factores, digamos, que pueden irse menguando poco a poco está el relacionado con la democracia interna. Dado el grado de internacionalización que han adquirido hoy las relaciones sociales, la democratización de los vínculos interestatales, unido al cambio de todo el orden internacional a favor de la ~~pa~~ la democracia y los valores universales, creará un marco muy propicio para la solución de los problemas domésticos de cada país sin ningún tipo de inmiscusión externa, para que cada pueblo pueda escoger libremente la mejor forma que entienda de organizarse y vivir.

Por otro lado, entre las limitantes que sí exigen una solución radical —una vez alcanzados los propósitos democratizadores y para que éstos se realicen plenamente—, se encuentra una a la que hemos querido hacer referencia especial y que está vinculada

-junto a muchos otros aspectos- a la necesidad de garantizar a plenitud el respeto a la soberanía, la independencia y la autodeterminación de todas las naciones del planeta. Es sabido que éste es un principio universalmente reconocido y que forma parte del Derecho Internacional. Ello, sin embargo, no ha sido óbice para su frecuente violación, sin que por eso el violador -sobre todo si se trata de una potencia poderosa- halla sido objeto de sanciones especiales. Esto es solo un ejemplo que evidencia la gran fragilidad de las normas del Derecho Internacional. Y esta es una limitante muy seria en el camino hacia la reestructuración de las relaciones internacionales.

No deben ser olvidadas las diferencias de las relaciones interestatales respecto a las relaciones sociales internas dentro de cada Estado. En el interior de las naciones la acción libre de los individuos puede garantizarse si se enmarca dentro de ciertas normas jurídicas de validez general. Estas normas se establecen partiendo de la necesidad de someter la voluntad individual a lo que se considera intereses y valores

comunes de la sociedad, al tiempo que se dota a esta última de una fuerza social que permita someter a las fuerzas particulares. Es evidente que este mecanismo no funciona igual a nivel internacional. Las relaciones interestatales carecen de un organismo supremo que sentencie la legitimidad de unas u otras acciones de los estados. Este asunto se sigue resolviendo por la fuerza de determinados estados particulares y no por alguna otra fuerza situada por encima de los estado mismos. De acuerdo a como están hoy las cosas un pequeño grupo de estados se abroga el derecho de ser los jueces de sus propias acciones y las de los demás, mientras que los preceptos dictados por los organismo inter nacionales, además de ser objeto de diversas manipulaciones, carecen de obligatoriedad. Las normas del Derecho Interna cional poseen carácter facultativo, "tienen como base trata dos, cuyo acto de conclusión implica el pretexto de su violación. Sucede que la propia idea del Derecho Internacional supone y parte de la existencia y el enfrentamiento de muchos estados Independientes."(27)

Este hecho llama la atención sobre un asunto de vital importancia: no basta con lograr, a través de la democratización, un reconocimiento generalizado del contenido que deben asumir los valores universales; no es suficiente incluso el compromiso formal de acatarlos. Esto podría servir de sustento moral para el funcionamiento de dichos valores en la arena internacional, lo cual es, sin duda, muy importante. Pero no va mucho más lejos de lo que ya tenemos hoy, cuando existen pactos, convenciones, declaraciones, normas del Derecho Internacional, infringidos flagrantemente por aquellos mismos que los aceptan en público. La inmoralidad es un hecho casi cotidiano en las relaciones interestatales. La alienación respecto a los valores morales siempre ha sido propia de la política exterior de los estados que se atienen en su comportamiento a intereses egoístas y nacionalistas y que estructuran las relaciones con otros estados sobre la base de posiciones de fuerza. Por esa razón, además de moralmente, las nuevas relaciones internacionales deberán sustentarse política y jurídicamente, y, lo que es más importante, el Derecho Interna-

cional ha de perder su carácter facultativo y ser de obligatorio cumplimiento por todas las naciones.

Esto último parece ser inevitable en el camino conducente a estructurar las relaciones internacionales sobre la base de los valores universales, aunque, a la vez suscita una serie de problemas adicionales. ¿Cómo garantizar el cumplimiento estricto de las normas de un Derecho Internacional obligatorio? ¿Cómo evitar que los que hoy ostentan la mayor fuerza se amparen en un Derecho Internacional no facultativo para imponer, aun con menos obstáculos, su voluntad política al resto del planeta? ¿Cómo impedir que la ONU u otros foros internacionales -presuntamente regidores de ese nuevo Derecho Internacional- no sean manipulados por ningún Estado poderoso como hoy de hecho lo son? ¿Cómo garantizar que esas normas y la actividad dirigida a velar por su cumplimiento reflejen realmente los intereses globales de la comunidad internacional?

Ante todo es importante señalar que estos cambios necesarios deben seguir un riguroso carácter escalonado para evitar que se tornen contraproducentes a los fines que se persigue con los mismos. El cambio de status del derecho, digamos, no podría realizarse hoy, bajo las actuales estructuras organizativas internacionales, en las que ciertas naciones poderosas gozan de infundados privilegios en la determinación de la política mundial. La asunción de un carácter obligatorio por parte de las normas del Derecho Internacional nunca deberá realizarse antes que la democratización y reestructuración de las relaciones internacionales, de forma tal que las normas jurídicas que regulen las relaciones interestatales, sus restricciones y la actividad dirigida a velar por su cumplimiento sea el resultado de acuerdos democráticamente establecidos por toda la comunidad de naciones y existan los adecuados mecanismos internacionales, también democráticamente instituidos y conformados, para evaluar jurídicamente las acciones de los estados. En resumen, el cambio del status del Derecho Internacional debe ser el resultado mismo de

una administración democrática de los asuntos de la comunidad mundial, cuando cada país pueda intervenir en absoluta igualdad de derechos en la solución de los problemas internacionales y, ante todo, en los que poseen un carácter global.

Pero para que la voluntad colectiva de la comunidad de naciones pueda convertirse en ley de obligatorio cumplimiento por cada uno de los estados, debe disponer de una fuerza real superior a la de estos últimos, debe adoptar la forma de una especie de Estado de estados, de Estado supranacional o de gobierno mundial.

La idea misma no es nueva. Fue esbozada por el filósofo clásico alemán Immanuel Kant en su tratado La paz perpetua hace casi 200 años. Kant abogaba por la creación de una sociedad civil universal basada en el Derecho, dentro de la cual cada Estado gozaría de la máxima libertad siempre que ésta fuese compatible con la de los demás. Todos los pueblos, con independencia de su tamaño, disfrutarían de una amplia seguridad garantizada no por su propia fuerza, sino

por la ley resultante de la voluntad unida. No hay otra forma de abandonar el estado de guerra permanente que "sacrificar, como hacen los individuos, su salvaje libertad sin freno y reducirse a públicas leyes coactivas, constituyendo así un Estado de naciones... que, aumentando sin cesar, llegue por fin a contener en su seno a todos los pueblos de la Tierra".(28)

Esta concepción kantiana ha sido retomada, con determinadas variantes, por algunos autores contemporáneos, entre los que se encuentran Elguiz Pozdniakov e Irina Shadrina, quienes al referirse a las ideas del filósofo alemán señalan: "La concepción de Kant es, en términos modernos, una concepción sui generis del sistema universal de seguridad. No se trata sólo de la similitud formal. Su idea habría quedado un patrimonio del pasado, una rareza del pensamiento humano, si no le hubieran correspondido ciertas realidades del mundo contemporáneo, que la transfieren del dominio de las utopías y los esquemas especulativos al terreno de las construcciones teóricas

que poseen su fundamento y premisas en nuestra realidad".(29)

Sin embargo, el significado de la creación de esta especie de Estado supranacional va más allá de las garantías que él puede ofrecer para la paz y la seguridad internacional. De hecho se constituiría en el mecanismo fundamental para salvaguardar todo el sistema de valores universales, para reprimir los intereses egoístas de determinados estados y para enfrentar la solución de todos los problemas globales, entre ellos y prioritariamente, el problema del subdesarrollo y el de la paz.

Este organismo supremo -que bien pudiera ser la propia ONU reestructurada y democratizada- sería el único con potestad, a través de su Asamblea General, para refrendar las normas que regulen las relaciones internacionales, para juzgar sobre su cumplimiento y para decidir la conducta a seguir en caso de violaciones. Con el fin de que realmente esta organización pueda ofrecer plenas garantías para un funcionamiento de las relaciones internacionales basado en valores

universalmente reconocidos, deberán cumplirse ciertos requisitos atinentes a su estructura y funcionamiento, a los principios por los que se deberá regir y a las consecuencias que todo ello implica para cada uno de los estados por separado.

Estos requisitos constituyen ellos mismos un compendio de los avances alcanzados por la humanidad en la captación de sus valores universales y tienen como finalidad impregnar de humanismo, racionalidad y justicia a las relaciones interestatales, al tiempo de convertir a la nueva organización en el más eficaz instrumento para la solución de los problemas globales. Veamos algunos de esos requisitos:

a) Plena democracia en el seno de esta organización. Cada Estado, grande o pequeño, desarrollado o subdesarrollado, en su calidad de representante de los distintos sistemas culturales, políticos y nacionales existentes en el planeta, será considerado una unidad monolítica de dicha organización con igualdad absoluta de derechos. Nada de miembros permanentes en el Consejo de

Seguridad y mucho menos del derecho al veto. Las decisiones serán de estricto cumplimiento y el resultado de la soberana voluntad de los estados. Se sancionará todo intento de ejercer presión política o económica sobre otros estados para obtener el voto favorable a los intereses de uno de ellos. La contribución de cada Estado para el funcionamiento de este organismo internacional se basará en un porcentaje -el que se considere necesario para el cabal desempeño de sus funciones- del producto social global, sin que la cuantía del aporte financiero signifique mayores o menores prerrogativas. Todo esto estará dirigido a garantizar que los resultados de la labor de dicho organismo expresen el balance real de los diversos intereses y las distintas interpretaciones de los valores universales de todos los estados miembros.

b) Las funciones fundamentales de este organismo estarán vinculadas con la solución de los problemas globales: seguridad y paz para todos los estados, eliminación gradual de las diferencias de desarrollo entre los distintos países, cuidado del medio ambien-

te, protección de los recursos energéticos no renovables y búsqueda de nuevas fuentes de energía -sobre todo renovables-, incremento de la producción de alimentos, desarrollo social sostenido -salud, educación, cultura, deportes-, todo lo cual sólo puede redundar en beneficio del género humano y de sus más altos valores.

c) Desmilitarización de todos los estados hasta los límites estrictamente necesarios para su defensa. Estos límites serán acordados en el seno de la nueva organización internacional en correspondencia con la extensión territorial de cada Estado. Esta desmilitarización incluirá la eliminación de todo tipo de arma nuclear. Al mismo tiempo ha de producirse un fortalecimiento de la estructura militar de esta organización hasta mucho más allá del poderío de cualquier Estado por separado, e incluso de varios de ellos sumados, de forma tal que se constituya en un mecanismo de disuasión convincente ante posibles altercados internacionales. En correspondencia con lo anterior tendrán que desaparecer los pactos y bloques militares internacionales, las bases

militares de unos estados en otros. Se prohibirá la comercialización internacional de armas más allá de los límites defensivos asignados a cada Estado. Esto, por su puesto, impondrá también los límites necesarios a su producción. Se prohibirá, además el uso de la fuerza por parte de los estados como medio para solucionar diferendos inter nacionales y siempre será considerado al agresor como objeto de sanciones, cualquiera que haya sido el motivo para iniciar el conflicto bélico. Se utilizarán las posibilidades diplomáticas para dar por terminado dicho conflicto y sólo cuando éstas se vean agotadas, se pasará a sanciones económicas, primero, y a la utilización de la fuerza militar, después. Estas medidas tienen como objetivo principal evitar que cualquier Estado pueda hacer uso de su fuerza militar para inclinar la balanza internacional de intereses a su favor e imponer su escala particular de valores, al mismo tiempo que permitirá disminuir ostensiblemente las amenazas a la seguridad internacional.

d)El nuevo organismo internacional se regirá por el principio del reconocimiento y respeto

de la soberanía, la independencia y autodeterminación de los Estados, la no injerencia en sus asuntos internos, la renuncia a imponerles -cualesquiera que sean los medios que para ello se utilicen- un régimen social y político, un modo de vida y una cultura que le sean ajenos. En otras palabras, ha de garantizar la plena libertad de todo pueblo y de todo Estado de optar por su camino y de conservar su originalidad política, cultural y nacional. De ahí que las funciones de este organismo se restringirán exclusivamente a velar por el cumplimiento de las normas de las relaciones interestatales y de la estrategia de solución de los problemas globales y en ningún caso podrá intervenir en los asuntos internos de cualquier Estado, aun cuando se produzcan guerras o conflictos armados intestinos. En tales casos su intervención podrá ser sólo pacificadora y siempre que las partes beligerantes soliciten su participación. Por supuesto, las normas jurídicas nacionales que rijan al interior de cada Estado no podrán contra decir las normas jurídicas internacionales y tendrán la obligación de garantizar el cumplimiento de éstas en lo que respecta a sus marcos

territoriales. Como puede apreciarse estas medidas tienden a garantizar el respeto absoluto al sistema particular de valores de cada una de las naciones - sistema derivado de su cultura e historia- siempre que éste no se contraponga a la escala -de mayor nivel jerárquico- de valores universales que ha de regir las relaciones interestatales y el enfrentamiento de los problemas globales.

e) La nueva organización velará porque las relaciones económicas internacionales dejen de ser instrumento de políticas egoístas, para lo cual asegurará la renuncia a la práctica de sanciones y bloqueos económicos unilateralmente decididos por determinados estados, a las acciones discriminatorias y al proteccionismo de las grandes potencias. Normará, además, las líneas fundamentales para el logro de un nuevo orden económico internacional, la reorganización de la división internacional del trabajo en favor de los países subdesarrollados, la especialización en la producción que otorgue garantías necesarias, protección y precios justos a los productos de estos últimos, así como su soberanía absoluta sobre los recursos

naturales y la actividad económica desplegada en su territorio. Deberá garantizar, además, el control internacional democrático de los precios de los productos fundamentales, el arreglo justo del problema del endeudamiento y la ayuda financiera y tecnológica para el incremento de la producción en el Tercer Mundo. Todas estas medidas, vinculadas a la esfera económica, tienden a propiciar la solución del problema del subdesarrollo, problema global fundamental y principal limitante para que la materialización de los valores universales alcance, en realidad, a todos los confines del planeta.

Este proyecto de reestructuración del sistema de relaciones internacionales pudiera parecer hoy utópico e ilusorio. Es cierto que su perspectiva se nos presenta como lejana, difícil, preñada de obstáculos. Pero tan o más ilusorio resulta prever la solución de los problemas globales sin un cambio radical del orden internacional vigente. Y este cambio, si ha de ser consecuente, pasa necesariamente por el esencial asunto de elaborar y hacer cumplir de manera obliga-

toría un Derecho internacional que sea expresión de los intereses de toda la humanidad y celador de la realización práctica de los valores universales en el escenario mundial.

No puede ser una utopía irrealizable un proyecto que tiende a materializar en la práctica los intereses de la mayoría de la humanidad, que refleja las conquistas y demandas del pensamiento más avanzado del planeta y que se acata ría como deseable por todas las fuerzas progresistas. Aun cuando las posibilidades de su ejecución inmediata son mínimas, su perspectiva a más largo plazo parece inevitable. Pero tal perspectiva no se hará realidad por sí sola, habrá que conquistarla. Hoy ya se ha avanzado bastante en la conciencia de la necesidad de unir a los países del Tercer Mundo y de luchar por la democratización de las relaciones internacionales. Estos son pasos imprescindibles, pero toda vía insuficientes. La democracia, por sí sola, no resuelve ninguno de los problemas globales que hoy amenazan a la humanidad. Es preciso saber qué hacer con ella una vez alcanzada, hacia dónde dirigir-

la. Sólo la perspectiva más lejana puede darle sentido a la inmediata. Sólo aquella permitirá evaluar el grado en que esta última se ajusta a las necesidades de todo el proceso. En muchos casos es la ausencia de una visión clara del futuro lo que impide la ejecución de las más perspectivas acciones en el presente. Este proyecto, dibujado aquí sólo a grandes rasgos, corregible, enmendable, discutible en muchos de sus aspectos, puede no obstante arrojar cierta luz sobre lo que hay que hacer ahora. En esto radica su potencial significado actual.

La decisiva importancia que posee la reestructuración de las relaciones internacionales para emprender la solución de los problemas globales no atenúa el papel de otros factores -la ciencia, la técnica, la educación, el arte, la religión- en un proceso que ha de sumar todas las fuerzas capaces de contribuir hoy al humanismo y a una adecuada percepción de los valores a él vinculados.

La ciencia y la técnica han de aportar mucho a estos objetivos. La solución de problemas

globales tales como el energético, el de materias primas o el ecológico presupone encontrar novedosas respuestas científico-técnicas, exige el potenciamiento de distintas fuentes de energía, la creación de nuevos materiales de construcción, la elaboración de tecnologías que ahorren energía y recursos, el desarrollo de formas de producción ecológicamente aceptables, etc. Pero su función va más allá de la búsqueda de vías para evitar las secuelas negativas del desarrollo contemporáneo, han de constituirse también en importante factor en la conscientización de esas secuelas, en la revelación de la verdadera significación para la humanidad de los fenómenos con importancia global. La justa apreciación de los valores universales puede verse obstaculizada no sólo por la no coincidencia de los intereses de determinados sectores de la población mundial con los de la humanidad, sino también por el desconocimiento de la real significación que para el hombre y su destino poseen los distintos procesos que ocurren en el mundo. Aquí la ciencia puede y debe realizar un aporte sustancial y abrirle los ojos a los políticos, en quienes por lo general

recae las decisiones más trascendentales en este sentido. De hecho, mucho hay que agradecerle hoy ya a la ciencia por sus aleccionadores pronósticos sobre las secuelas de una posible confrontación nuclear, sobre las consecuencias de la crisis ecológica, el agotamiento de recursos y el mantenimiento de los actuales desniveles de desarrollo entre el Norte y el Sur. No se puede más que estimular los distintos intentos de modelación de los problemas globales y ofrecer un merecido reconocimiento al Club de Roma, quien ha hecho importantes esfuerzos por trasladar al centro de atención de la ciencia y de la opinión pública mundial la gravedad y perspectivas de agudización de los problemas globales. Dado el inherente ideal humanista que caracteriza a los más puros exponentes de la ciencia, no es casual que encontremos precisamente entre los científicos a muchos de los más arduos luchadores por solucionar los problemas globales.

La formación de una determinada escala subjetiva de valores, el grado en que ésta se acerca al sistema de valores objetivos, uni-

versales o particulares, depende no sólo de la posición social del sujeto -que es, por supuesto, el factor decisivo-, sino también del contenido y la forma de las múltiples influencias que él recibe de los distintos factores constitutivos de su medio social. Estas influencias pueden actuar a favor o en contra de una adecuada conscientización de los valores universales y los problemas globales. De ahí que sea sumamente importante luchar por inclinar la balanza hacia las influencias favorables. Los sistemas educacionales deben incluir los mecanismos necesarios que permitan cumplir tales propósitos. La educación es de hecho un proceso de transmisión de valores y, por lo tanto, una vía idónea para ganar conciencia sobre los esenciales asuntos que afectan a la humanidad y crear a tales efectos adecuados patrones de conductas. No es nada desestimable tampoco la función que en este sentido pueden desempeñar el arte y la religión, cada uno con sus formas específicas de asumir y trasladar determinados sistemas de valores. Otro importante factor para la creación de una adecuada conciencia que favorezca la solución de los problemas globa-

les es lo que se ha dado en llamar "telemática" -medios de influencia indirecta sobre el hombre: la palabra impresa, la televisión, el cine, la radio- que se une al sistema tradicional de educación y a los medios artísticos y religiosos para influir notoriamente y de manera orientada en la formación de una determinada escala de valores. De más está señalar que la protección de la soberanía de cada nación en cuanto al uso de las influencias educativas, artísticas, religiosas y telemáticas en los marcos de su territorio es una forma de resguardarse contra el intento de imposición de valores y escalas ajenos, lo cual no ha de menguar, por supuesto, el intercambio cultural y la cooperación informativa.

Todos estos factores poseen singular importancia y requieren un tratamiento especial al abordar las vías de enfrentamiento de los problemas globales, para cuya solución es necesaria no sólo una transformación de las condiciones sociales objetivas, sino también un cambio de sus presupuestos subjetivos. Si bien es cierto que el enfrentamiento exitoso de estos

problemas depende decisivamente del encauzamiento que se le logre dar a las contradicciones socio-económicas y políticas que imperan hoy en las relaciones internacionales, ello no se alcanzará sin una generalizada conciencia de la crisis global que permita la movilización de los factores humanos necesarios para su solución. Los diversos foros internacionales a donde concurren personalidades públicas, políticos, científicos, religiosos de muchos países, con distintos signos ideológicos, para discutir y encontrar vías de soluciones comunes a los problemas que más amenazan a la comunidad mundial es una muestra de cuánto se puede avanzar por este camino. Nunca serán pocos los esfuerzos que se hagan por salvar a la humanidad.

Los problemas globales ya influyen hoy marcadamente sobre todos los aspectos de la vida del planeta, sobre su esfera material y cultura, sobre su moral y concepción del mundo. Esta incidencia irá en constante aumento. Los destinos históricos del hombre dependen de que sépa encontrar en el más breve plazo las vías y los métodos para

solucionar estos problemas. Para eso necesita la más clara conciencia. Pero, al mismo tiempo, la solución de dichos problemas no se convertirá en una posibilidad real mientras que esos destinos históricos sigan estando sujetos a la arrogancia prepotente de quienes constituyen, de hecho, el principal enemigo de la humanidad y de sus valores universales. Por esa razón debe lograrse, ante todo, que el futuro del planeta y las relaciones entre sus partes estén determinados por la resultante de los impulsos volitivos de todos los estados, como representantes de sus respectivos pueblos. Sólo así podremos acercarnos al objetivo esencial de convertir a la humanidad en el verdadero sujeto de su historia.

(Octubre 1992)

NOTAS Y REFERENCIAS

(9) Ver, por ejemplo: Colectivo de autores: El año 2000: problemas globales y futuro de la humanidad. Moscú: Redacción Ciencias Sociales Contemporáneas, 1987.

(10) Ver: Ibidem.

(11) Ver: Fidel Castro Ruz. Mensaje a la Conferencia de Naciones Unidas sobre medio ambiente y desarrollo. Río de Janeiro / junio 1992. En: Granma. Suplemento especial, domingo, 14 de junio de 1992.

(12) Algunos cálculos estadísticos pueden ilustrar la tendencia a la agudización de los problemas globales y la incidencia que sobre ellos tiene el desnivel de desarrollo económico y social del Tercer Mundo. Se calcula que para el año 2000 el 78% de la población mundial vivirá en condiciones de indigencia, contra un 68% en el año 1950. La mayoría absoluta de estos porcentos está concentrado en los países subdesarrollados. Para el mismo año 2000 se estima que la población del planeta alcance la cifra de 6350 millones de personas, de los cuales el 90% habitará en el Tercer Mundo. Ello implicará un ritmo de crecimiento demográfico muy superior al incremento anual estimado de la producción de alimentos. Para el mismo año se calcula que el déficit de proteínas será de 20 millones de toneladas, como

consecuencia de lo cual la subalimentación y el hambre costará a la humanidad anualmente el mismo número de víctimas que los 5 años de la Segunda Guerra Mundial. En la actualidad el 45% de las exportaciones totales de los países del Tercer Mundo se basa en la sobreexplotación de los recursos naturales, incluidos los combustibles, lo cual provoca que la disminución de los recursos naturales del planeta alcance anualmente la cifra de 100.000 millones de toneladas y que sólo en lo que a combustible se refiere el gasto anual alcance los 20.000 millones de toneladas hacia el 2000. A todo esto habría que añadirles las consecuencias ecológicas que acarrea el uso irracional y desbalanceado de los resultados del progreso científico, tecnológico e industrial que el Norte pretende mantener como punta de lanza contra el Sur. Un solo ejemplo podría ilustrar lo anterior: a la atmósfera se lanza anualmente 145 millones de toneladas de bióxido de azufre, 250 millones de toneladas de polvo y 70 millones de metros cúbicos de gas.

(13) Por valor absoluto se entiende aquello que por sí mismo tiene una significación

social positiva debido a su nexo directo con la satisfacción de determinadas necesidades y la realización de ciertos intereses humano-generales. Valores instrumentales son los que deben su carácter valioso no a su significación social inmediata, sino al hecho de que sirven de medio o instrumento para alcanzar otros valores que sí se enlazan de manera directa con los intereses y necesidades de la sociedad.

(14) V. I. Lenin. Obras Completas, Buenos Aires, 1960, t.19, pág. 386.

(15) A. Peccei. The human quality, New York, 1977.

(16) F. Ferkiss. Technological man. The myth and the reality. New York, 1970.

(17) C. Marx. Manuscritos de 1844. Economía política y filosofía. Buenos Aires, 1968, pág.147.

(18) Esta transformación socialista de las relaciones sociales no debe ser identificada de manera absoluta con el tipo de socialismo

que ya la historia conoció y que fue derrotado aplastantemente en toda Europa Oriental. El "socialismo real", como hoy irónicamente se le llama, a pesar de que demostró ser un sistema mucho más justo socialmente, tanto en el plano nacional como en el internacional, puso de manifiesto grandes insuficiencias y desviaciones que lo alejaron del verdadero ideal socialista promovido por el pensamiento más progresista de la humanidad. En la actualidad abundan los análisis críticos de aquella realidad revertida. Algunos de ellos tienen la intención de rescatar al socialismo como genuina aspiración social, capaz de evadir exitosamente la desvirtuación histórica de que fue objeto en Europa del Este bajo la impronta del stalinismo.

- (19) Declaración Universal de Derechos Humanos. En: Fabio Raimundo Torrado. Derechos humanos en Cuba, La Habana, 1988, pág. 207.

- (20) *Ibidem*, pág. 209.

(21) C. Marx, F. Engels. Obras Escogidas en tres tomos. Moscú; Editorial Progreso, t.2, pág. 13.

(22) Uno de los lugares donde más ampliamente se desarrollan las ideas de la nueva mentalidad es en el libro de su promotor fundamental, Mijail Gorbachov, La perestroika y la nueva mentalidad para nuestro país y para el mundo entero, La Habana, 1988.

(23) Vladimir Petrovski. La nueva mentalidad: respuestas a interrogantes. Ciencias Sociales, Moscú, 1990, N.2, p. 208.

(24) Ibidem, pág. 209.

(25) Ver: ¿Acaso el imperialismo norteamericano ha sido solo un mito de la propaganda "estancada"? Debate de Zbigniew Brzezinski y los corresponsales de Konsomolskaya Pravda. En: Konsomolskaya Pravda, 11 de abril de 1992 (en ruso).

(26) Sobre las negativas consecuencias del neoliberalismo para el Tercer Mundo y, en especial, para América Latina, puede verse:

Oswaldo Martínez. Neoliberalismo y crisis en América Latina. La Habana, 1991.

(27) Elguiz Pozdniakov, Irina Shadrina. Humanización y democratización de las relaciones internacionales. En: Ciencias Sociales. Moscú, 1990, N.2, pág.168.

(28) Immanuel Kant. Lo bello y lo sublime. La paz perpetua. Buenos Aires; Editora Espasa-Calpe Argentina, S.A.; 1946, pág. 113.

(29) Elguiz Pozdniakov, Irina Shadrina. Obra cit., pág. 170.